# Peronismo

José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

89 ¡¡¡Ezeiza!!! (Conclusiones)

LA VIDA POR GODOT

GODOT

G V

GODOT

REP

Suplemento especial de
Página|12

## EL “ASALTO” AL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Salimos de la autopista y nos metimos entre unos arbolitos. A la sombra. Nos sentamos y sacamos algunos sÁnguches para calmar el hambre de la caminata. Éramos –como dije– tres: Conrado Eggers Lan, Ariel Sibileau y yo. Ésa era nuestra columna. No podíamos tener pretensiones de *copar* nada ni lo pretendíamos. No recuerdo por qué no fui con la columna de Miguel Hurst ese día. Pero no era raro que estuviera con Eggers. Dos meses atrás me habían llamado los militantes de Humanidades de FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional). Eran los de La Plata. Me habían citado en Ciudad Evita. Era un día gris, frío, el otoño empezaba a apretar. Me dijeron que me querían para el Decanato de Humanidades. La cosa me sonó bien. Entre tanto, unos 30 o 40 metros más allá se hacía un acto por “los caídos en la lucha por la liberación”. Eran unos cinco o seis compañeros los que hablaban conmigo. Que ellos me ahorrarían todo el trabajo, que me iban a buscar a mi casa a la mañana y me devolvían a eso de las 6 de la tarde. Que no bien llegara tendría sobre mi escritorio todos los diarios de la mañana. Que yo les resultaba ideal porque habían leído *Envido* desde el comienzo, habían escuchado charlas mías y habían estudiado y debatido mis trabajos. De tanto en tanto, los del acto voceaban un nombre: “¡Sabino Navarro!” Los muchachos interrumpían la conversación, alzaban el brazo con la “V” peronista y contestaban: “¡Presente!”. (*Nota:* En pleno ‘76 la revista *Gente* informaba sobre estas cosas como el colmo del horror subversivo. En el ‘73 eran parte del ritual de cada acto. La idea que tenía yo del asunto era: se trata del reconocimiento a una juventud que luchó contra una dictadura militar ilegal, anticonstitucional, represiva. Habían sido muertos por un gobierno militar que usurpaba el poder. Ahora, con el regreso de la democracia, *La violencia debía terminar*. Como voy a abundar hasta lo más hondo –eso espero– sobre estas cuestiones, dejo el planteo aquí. Volveremos sobre él.) Yo no decía el “presente” de la liturgia del acto porque ya era profesor y me había impuesto ciertos límites. Decía, sin embargo, “presente” siempre que nombraban al boxeador Eduardo Pablo Monti. Alguien voceaba “¡Monti!” en cualquier acto y yo decía: “¡Presente!”. En primer lugar porque me conmovía su condición de boxeador. No puedo evitar ser fanático de ese deporte que si lo prohibieran estaría de acuerdo. Me conozco todas las películas que se hicieron sobre sus momentos de gloria y sus enormes desdichas. Todas las grandes películas sobre box proponen su prohibición o muestran su cara negativa. Monti –durante la Resistencia Peronista– subía al ring con una bata que decía “Perón Vuelve”. Era un Gatica de segunda categoría. Era un mediopesado, pero –además de boxeador– era un militante político. Un obrero textil padre de cuatro hijos. Vivía en Lanús. De su casa lo secuestran un 11 de marzo de 1972 a las 6.30 de la mañana. No estaba en ninguna organización guerrillera. Era un típico obrero textil peronista que luchaba contra la dictadura de Lanusse. Es tan brutal el castigo al que lo someten en la cárcel de Olmos, tanto lo golpean con palos y cadenas, tanto lo someten a la picana que, por fin, lo matan. Tenía 43 años. Como se ve, no era un “joven guerrillero formado en la teoría del foco”. Lanusse no lo menciona en sus testimonios. Lástima. Si Monti no hubiera muerto habría sido uno de los liberados por la ley de amnistía del camporismo. ¿Alguien puede atreverse a decir que “habría salido a matar”? ¡Por favor! Hubo miles de *Montis*. Víctimas de siete años de dictadura de la Revolución Argentina y 18 años de gobiernos ilegales, represivos, antidemocráticos. ¿Cómo no iban a dictar la ley de amnistía si todos los presos eran presos ilegales, presos de dictaduras? Era una medida humanitaria, y, a la vez, un blanqueamiento, un nuevo comienzo. La democracia debía empezar así: con la libertad a los presos de la represión dictatorial. Lástima que Eduardo Pablo Monti no llegó al 25 de mayo de 1973. Abrirle a él la puerta de su prisión habría sido un alivio para todas las horribles torturas que sufrió. Habría sido, sin más, un acto de justicia. Ahora es un muerto más que “se quedó” en la tortura. Porque es así: los que mueren a manos de los torturadores “se quedan” en la tortura. Como si se hubieran obstinado por permanecer en ella. O como si la decisión de morir les perteneciera. Una frase cruel que limpia a los torturadores. No murió “a causa de” la tortura. No murió porque “sus torturadores lo asesinaron”. No, “se quedó” ahí. Fue una decisión suya. Podría haber “salido de la tortura”. Pero eligió quedarse. Qué pena. No era lo que querían sus torturadores. Que, de buenos que eran, deseaban que “saliera” vivo. Debiera, al menos, decirse: se *les* quedó en la tortura. Se les quedó a ellos: a sus torturadores. El torturado, de quedarse en algún lado, habría preferido quedarse en su casa, vivo. Pero a los torturadores –de infames y crueles que fueron, de desbocados en su sadismo– se “les quedó”. Y mejor que decir “se les quedó en la tortura” sería decir “lo mataron torturándolo”. Así murió el boxeador Monti. Una mancha ilevantable en el gobierno de Lanusse. (Ver: Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo. Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*, Tomo II, De La Campana, La Plata, 2007, p. 61.)

Volvemos a Ciudad Evita. Los pibes de la FURN me dicen que lo tienen que consultar con Agoglia, el actual rector. Pero no dudan que todo saldrá bien. Al día siguiente voy a visitar a Conrado Eggers Lan en su despacho de flamante director del Departamento de Filosofía. No bien me vio hizo un gesto jodón: señaló la silla frente a su escritorio con solemnidad fingida. Como si dijera: “Mire, José, qué importante soy ahora. Siéntese que igual lo voy a atender”. (Cuento esto para que se vea cuál fue nuestro “asalto” al Departamento de Filosofía.) Me dice:

–Voy a anular los cinco griegos y los tres latines. Los pibes de la juventud no paran de pedírmelo.

En Filosofía había que cursar obligatoriamente cinco cuatrimestres de Griego o tres de Latín. Griego lo daba Thiele, si mal no recuerdo su nombre. Y Latín un tipo bastante difícil y bastante duro que se llamaba Pagés. Yo hice los tres latines. No tenía paciencia para los cinco cuatrimestres de Griego. Y con la llegada de la “corriente nacional” se hizo imperioso eliminar los idiomas clásicos. Los muchachos le habrán pedido a Eggers aprender *aymara*, *guaraní* o *quechua*. Por supuesto: quechua, como aprendía el Che en la selva boliviana. Pero ¡griego y latín! ¿Para qué mierda le servía eso a la nación latinoamericana? Toda la derecha atacó la decisión de Conrado al grito de la defensa del humanismo clásico. Pero Conrado no dio un paso atrás. Se acabó la tortura de los griegos y los latines. Fundamos, en cambio, *Historia del Pensamiento Latinoamericano*. Fundamos también un Centro de Estudios del Pensamiento Latinoamericano que dirigíamos Guillermina Camusso y yo. Dictamos, en seguida, la materia sobre la historia del pensamiento latinoamericano. Éramos, si mal no recuerdo, Guillermina Camusso, la brillante Nelly Schnaith y yo. ¡Elegí dar el pensamiento de Francisco Solano López! Al menos, durante la primera parte del programa. El mariscal López era el héroe del que Perón llamara “el ejército más glorioso de América”. Era la posibilidad de dictar la “guerra del Paraguay” y el pensamiento del jefe del heroico ejército y del heroico pueblo que fuera masacrado en esa guerra infame. (*La Guerra de la Triple Infamia*, la llamaba Milcíades Peña.) Sin embargo, le dije a Conrado que yo me preparaba para ser Decano de Humanidades en La Plata.

–No se apure, José. ¿Qué edad tiene?

–Treinta años.

–Es muy pronto. Y además, en La Plata. Usted va a aterrizar ahí como alguien de otro pozo. –De pronto, pregunta–: Pero, ¿usted tiene el título?

Me había olvidado. Yo había dado mi última materia en 1969. Tenía dos opciones: o el profesorado o la licenciatura. Ni loco el profesorado: había que cursar y rendir tres materias pedagógicas. Y la tesis, sí. Pero aún no era el momento. Había mucho que hacer. ¿Cómo iba a perder el tiempo haciendo una tesis? No me importaba el título.

–Cierto, no tengo el título. Nunca rendí la tesis.

–José, qué boludo –dijo Conrado, excesivamente sincero–. ¿Y encima quiere ser Decano en La Plata?

Les dije a los pibes de la FURN. Les pareció “una cagada”. Pero igual insistieron con Agoglia: que yo presentaría el título de inmediato. Que tenía lista mi tesis. Que todo era cuestión de días. Agoglia les dijo que no. Que no era de La Plata. Que era muy joven. Y que además todavía no tenía el título. Demasiado. Lo único que yo no aceptaba era que fuera muy joven. ¿Abal Medina no era Secretario General del Movimiento Nacional Justicialista y tenía apenas 27 años? Bueno, yo tenía 30 en 1973. ¿Por qué no podría ser Decano de Humanidades en La Plata?

–Por el título, José –me dice Conrado–. ¿Cómo no se le ocurrió rendir la tesis? ¿Cuándo entró en la Facultad?

–¿En 1962?

–¿Y recién dio su última materia en 1969?

–Sí, y la anterior en 1967. Qué me importaba. Yo tenía otras cosas que estudiar. No tenía apuro por tener el título. Di un montón de materias durante los tres primeros años. Después me puse a estudiar por mi cuenta. Usted lo sabe, Conrado. Ahora sí necesito el título. Dele, ¿qué tal si me arma una mesa? Yo le hago la tesis en una semana.

–La vanidad va a terminar con usted.

–No es vanidad. Voy a juntar todo lo que tengo publicado.

–Voy a fingir que no escuché eso.

En dos meses tenía una mesa especial: Conrado, Guillermina Camusso y el mítico traductor de *El ser y la nada*, el profesor Miguel Angel Virasoro, que había traducido la primera obra maestra de Sartre para una edición de Editorial Ibero Americana en 1948. *El ser y la nada*, desde luego. Todos leímos ese libro en esa edición. Incluso Horacio González cuenta –en *La crisálida*, creo– que Jacques Rancière se pasea mirando su biblioteca y se detiene en ella y la mira con cierta curiosidad. *El ser y la nada* en tres tomos cuando –en francés– tenía uno solo. No era una buena edición ni era bueno el trabajo del traductor –aunque sí esmerado–, pero todos leímos al primer Sartre de ahí. Los de *Contorno* y los que vinimos después. Algunos lo habrán leído en francés. Pero yo usaba la edición francesa para consultar algunas dudas, sólo eso. Del modo que sea, “mi” libro de Sartre fue más la *Critique* que el ensayo de ontología fenomenológica. Rendí la tesis y la que decidió ponerme dificultades fue Guillermina. Ignoro por qué. Con ella, Amelia Podetti, de a ratos Nelly Schnaith, Jorge Lovisolo y Sibileau habíamos formado un grupo de estudio del pensamiento argentino desde 1968. Éramos amigos. Pero decidió hacerme difíciles las cosas ese día. Todo salió bien de todos modos. El ilustre profesor Virasoro no dijo una palabra. Mi tesis versaba sobre una mezcla entre Sarmiento, Alberdi, Heidegger, Kant y José Hernández. Un caos que terminaba por armarse bien.

–Ahora quédese aquí, José –me dijo Conrado–. Su lugar es éste. Déjese de joder con La Plata. Dígame, ¿qué hacemos con Massuh?

–¿Cómo qué hacemos con Massuh? Se tiene que quedar en lo suyo.

–Pero fue interventor del Departamento bajo Onganía y la Jotapé lo quiere rajar.

–No puede permitir eso, Conrado. Perseguir gente, no.

Massuh se quedó. Cuando asumieron los de Ottalagano a Conrado lo echaron a patadas. Y a mí y a todos los “zurdos”. Massuh se fue de gran capo a la Unesco. Terminó por ser el funcionario más duradero del Proceso. En 1983 le envié una carta terrible, no le ahorré nada: “Usted, un filósofo, un humanista, terminó por ser el funcionario más duradero de este gobierno de asesinos”. Esto era lo más suave, apenas el punto de partida. Volvió y salvo apariciones previsibles en *La Nación* y *La Gaceta de Tucumán* se eclipsó. Santiago Kovadloff, que había sido discípulo suyo, intentó rescatarlo. Inútil. Se arruinó la vida. Al final empezó a hablar de su silencio comparándolo con el de Heidegger. Con lo cual admitía que Videla había sido similar a Hitler. Qué lástima. Fue mi primer maestro. Era un tipo brillante. Con gran sentido del humor. Él, Conrado, yo y dos o tres más íbamos a cenar todos los viernes. No había tema del que no habláramos. Mucho de

la religión, de lo *numinoso* de Rudolf Otto y del "fin de los tiempos" de Josef Pieper. Massuh podía llegar a decir:

–Mirá, Conyado –su tonada tucumana era uno de los factores de su personalidad atrayente al mango–, aunque no estoy de acuerdo con vos, igual te voy a servir papas fritas.

De él recibí mi primer gran elogio literario. Les leí, a los dos, fragmentos de una novela que estaba escribiendo:

Massuh le dice a Conrado:

–¿Viste, Conyado? ¿Viste cómo escribe este chico? Es música.

Desde ahí –y desde antes– no concebí mi prosa al margen de la música. De aquí que ahora diga a menudo: "Hay que escribir como Martha Argerich toca el piano". Tal vez demasiado, pero con metas mezquinas no se llega a ninguna parte. Qué lástima, Víctor. Tanto odio al marxismo. Tanta furia contra el peronismo. Tan poco rechazo por los milicos. Al contrario, casi fascinación por los fierros que cargaban. Qué pérdida, profesor. Le debo mucho y me apena no poder reconocerlo sin tantas reservas, con tantos cuestionamientos, con irrefutables, insalvables lejanías.

## LA "FENOMENOLOGÍA DE LA HUEVADA"

Conrado era otra cosa. Se hizo peronista y siguió siendo un católico apasionado. A principios de los '60 había polemizado con León Rozitchner en la revista *Discusión*. Marxismo y Religión era el tema. Apareció Raúl Pannunzio (un mito de la época, nunca más supe de él) y puso de acápite a su nota (con la que terciaba en la discusión): "Cuando un ciego conduce a otro los dos caerán inexorablemente en un pozo". Dijo que era una frase de la Biblia. Le costaba hacerse entender a Pannunzio. No porque no fuera claro sino porque cuando te exponía Hegel a la vez se quitaba la seborrea de su cabeza, se miraba las uñas, escarbaba en ellas y tiraba por cualquier parte lo que de ahí extraía. No se daba cuenta. Creo que sin ese ritual –cuya condición de posibilidad era un aseo sin duda infrecuente– no podía pensar. Era un buen tipo. Pedante como casi todos los bichos que andábamos por ahí durante esos años.

Ahora vamos rumbo a Ezeiza. Estamos a la sombra. Conrado abre un bolso y saca de ahí... una botella de cognac *Pedro Domecq*, un símbolo de la época. Lo abre y empieza a tomar del pico. Nos convida. Ariel y yo: no, gracias, Conrado. Ariel, de pronto, estalla en una carcajada: "¡No se pierdan esto! ¡El Director del Departamento de Filosofía se mama!"

–Un poco nada más –se defiende Conrado.

–Eso le va a quitar lucidez, Conrado –digo–. Tiene que estar muy lúcido hoy.

–Pero también muy alegre –dice. Y se manda otro trago.

Volvemos a la Richieri. Es una romería. Está todo el mundo. La gente más impensada.

–Pero, ¿cómo? ¿Vos sos peronista?

–Ni en pedo. Pero no me voy a perder esto.

Y así seguimos marchando. Claro: los que andaban de fiesta ese día por la Richieri no eran todos peronistas. No se la querían perder. Minas embarazadas a granel. Tipos con nenes que cabalgaban sobre sus cuellos. Vendedores ambulantes. Hinchadas de fútbol. *Racing con Perón. Boca recibe al Líder del Pueblo. Los de River no somos gorilas ¡Viva Perón!* Y los que iban en silla de ruedas. Y los actores. Y los de Néstor Perlongher y su *Frente de Liberación Homosexual*. Era una marejada. Todos caminando hacia el mismo lugar.

Entonces aparece José Fiaquini.

–Mire, Conrado, yo no voy a ir mucho más adelante. Igual, a Perón no lo vamos a ver. Debe ser un despelote de gente ahí frente al palco.

–Pero, ¡carajo, José! Muévase un poco. No nos vamos a quedar aquí.

–Aquí o allá es lo mismo.

Para mi suerte encontramos a un personaje entrañable. *El único tipo que podía estar durmiendo la siesta en medio de ese florecimiento desbocado de la historia*. Héctor Abrales.

–Héctor, ¿qué hacés?

–Duerme –dice Horacio González que, por algún milagro de su ubicuidad, en ese momento está ahí. Abrales se levanta, se despereza.

–¡Ah, qué buen sueñito que me eché!

Al fin se conocen con Conrado. Abrales era un figurón del Consejo Tecnológico Peronista, mano derecha de Rolando García. Conrado pregunta:

–Dígame, doctor: ¿cómo son las reuniones del Consejo de Redacción de *Envido*? ¿Usted los aguanta a los muchachos?

(Abrales era mayor que nosotros.)

El querido Gordo contesta:

–Hago lo que puedo, profesor. Pero a veces la paso bien. ¿Sabe cuándo se pone jodido?

Nos señala a Horacio y a mí:

–Cuando estos dos se ponen a hablar de la *Fenomenología de la huevada*.

Todos rieron con ganas. La palabra "huevada" en boca de Abrales sonaba irresistible. Horacio se fue y no lo vi más. (Durante ese día, digo. Porque espero seguir viéndolo hasta la aciaga jornada en que la Huesuda venga por alguno de los dos. Privilegio que no me preocupa cederle. Después nos juntaremos con el Gordo Abrales y volveremos a hablar, ya con más tiempo, sobre la *Fenomenología de la huevada*, sólo para incomodarlo un poco.) Seguimos hablando con el Gordo. Creo que también estaba Arturo Armada. De Miguel ni noticias.

–Bueno, José, vamos.

–No, Conrado. Aquí estamos bien. Si Abrales está aquí es que aquí donde hay que estar. ¿Qué quiere hacer? ¿Ir a copar los 300 metros?

–¿Qué 300 metros? No creo que los Montoneros hagan eso.

–¿Seguro, profesor? –dice Abrales–. Creo que no conoce bien a los Montoneros. Usted disculpe.

–No van a hacer eso. Sería un desastre.

## FAVIO, EL PERONISMO ES UN SENTIMIENTO

Era una charla tranquila. El sol estaba alto y agradable. De pronto, estalla el Apocalipsis. La voz de Favio se empieza a hacer notar más que nunca. Lo oíamos con toda claridad. Eso quiere decir que, pese a las quejas de Conrado, habíamos llegado bastante cerca... del desastre. El tono de Favio había cambiado. Ya lo veníamos escuchando desde hacía rato. Era Favio. Ese tipo de peronista que uno no sabía por dónde andaba, que



decía generalidades, dulzonerías algo o bastante bobas que incluían a todos en un Paraíso Justicialista con un dios bondadoso que era el único que podía ser, Perón. Un peronista que se empeñaba en no ver los conflictos del movimiento. Que no señalaba un solo error del pasado y menos del presente. Uno que se desvivía en cadenciosas lisonjas hacia el Líder y la compañera Evita, eterna en el alma de su pueblo. Sin embargo, el 20 de junio estaba arriba del palco, al lado de Osinde y nunca podrá convencer a nadie de tanta inocencia o ceguera: tenía que saber lo que ahí estaba pasando. Por otra parte, esa concepción tan abarcante que del peronismo tenía nunca lo acercó a la Jotapé. En lo que podríamos llamar amablemente el pensamiento de Favio no tenía lugar la idea del conflicto. Era un tipo extraño. Lo llevó a Cámpora a ver su *Juan Moreira* durante la primavera y ahí la jugó de camporista. Pero nunca se lo vio en nada importante que tuviera relación con la potencia movilizadora de la Jotapé durante la campaña ni antes. Es un peronista ortodoxo. Se ve bien –lo hemos dicho– en su dilatado documental sobre Perón, que lleva ese impecable título de derecha: *Sinfonía del sentimiento*. Que se liga a esa famosa frase que expresa la cumbre de la negación de las ideas, de la mermelada movimientista en la que todos entran, en la que todo es posible, salvo cuando aparece la izquierda y hay que reventarla a tiros: *El peronismo es un sentimiento*. Por ser un *sentimiento* el peronismo terminó por ser *nada*. O el sentimiento de distintos grupos que terminaron por matarse unos a otros o que pelean –como lo hacen desde el retorno de la democracia– por la manija, que conciben la política como lucha de facciones, al aparato como "cosa mafiosa", como estructura para ganar dinero, sobornar, comprar, vender, contrabandear, narcotraficar y otras cosas igual o aún más deleznables que no es el momento de estudiar aquí. Hay que decir que los otros partidos no son mejores. En gran medida porque no existen. Hay que decir, también, que la devaluación de la política en dinero y mafia es un fenómeno mundial de estos años que atravesamos, de este triunfo de Occidente contra la *hidra marxista*, a la que tan eficazmente derrotó condenando al hambre a medio planeta. Jamás hubo tantos hambrientos en la historia de la humanidad. Esto es sólo un apunte. El tema es más amplio y volveremos sobre él. Sigamos con Favio: es un personaje tan curioso que –luego de hacer este documental con la ayuda decidida y decisoria de Eduardo Duhalde– anda durante estos días defendiendo a la presidenta Cristina Fernández, con un buen tino desacostumbrado en él. O está despistado o cambió. Porque Cristina Fernández *estaba abajo del palco el 20 de junio*, Favio. No sé si usted recuerda. Y Néstor Kirchner era *Lupín* Kirchner y andaba con la juventud de la FURN de La Plata y se acercó al palco con la columna sur, que se les vino al humo a ustedes, los del palco, con 60.000 militantes que –al menos algunos que conozco– no tenían intención de copar nada sino de estar cerca de Perón. A esos, los que usted tenía a su lado, los ametrallaron a mansalva. "Sin sus hombres de seguridad, la *Jotapé* decidió continuar su camino por detrás del palco ubicado en Puente 12 para acercarse al lado izquierdo del escenario. Los de Berisso y la seguridad, en cambio, lograron llegar hasta muy cerca del palco. El *Hippie* (Alsogaray) miró impotente el escenario y observó al cantante y director Leonardo Favio que a los gritos pedía a los francotiradores que se bajaran de los árboles.

"–Este habla y los fachos que están al lado suyo andan todos armados. Pero, ¿ese hijo de puta que está ahí no es el *Flaco* Salas?

"–Es, y si ese hijo de puta llegó al palco creo que estamos en problemas" (Fernando Amato y Chistian Boyanovsky Bazán, *Setentistas*, ed. cit., p. 219). Esa columna de la FURN quedó atrapada entre los tiros del palco y los de los fachos que ocupaban el Hogar Escuela. Sucedió que los del palco creyeron que eran Montoneros e hicieron fuego. Entre tanto, Favio seguía con su discurso *sentimental*: "Este es el día maravilloso del reencuentro". Eso le veníamos escuchando. De pronto empieza a decir cosas raras. Por ejemplo: "Desde los árboles nos están disparando. Les rogamos que no disparen". Bien, pero lo que recuerdo como si aún lo escuchara, la voz prepotente, militarota, fascista, fue la que gritó: "¡Los que están en los árboles están bajo la mira de nuestras armas!". Era Ciro Ahumada: "En 1955 el teniente 1º Ciro Ahumada fue uno de los oficiales del Grupo A de Artillería de Campo de los Andes, en Mendoza, que no se plegaron al golpe contra Perón, lo cual le valió una detención de 30 días. Cumplida la pena fue reincorporado, pero a diferencia de la mayoría, que fue a parar a guarniciones distantes, él pasó a trabajar en una de las Comisiones Especiales Investigadoras, con el general Juan Constantino Quaranta, amo de la SIDE" (Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, ed. cit., p. 65). Después hizo un montón de cosas, siempre oscuras, siempre turbias. Hasta que se ligó a Osinde como uno de sus pares. "Después de las elecciones del 11 de marzo de 1973, se reunió con Osinde y con el mayor Fernando Del Campo, para cambiar ideas sobre la estabilidad del inminente gobierno de Cámpora. 'A ese viejo de mierda hay que marcarle el ritmo o sacarlo a patadas', era en esos días su expresión favorita" (Verbitsky, *ob. cit.*, p. 69).

Empezaron a pasar ambulancias. Las sirenas metían miedo a todos. ¿Qué pasaba? Muchos, de los que habían llegado cerca del palco regresaban corriendo. "¡Se están cagando a tiros ahí adelante!" La frase que yo escuché fue ésta: *Se están cagando a tiros*. "Se." No sabemos quiénes. Nosotros rajamos. La que pone Bonasso es "Nos están cagando a tiros". Que es la frase de un militante de la Jotapé. O de un Montonero que se rajaba. "Nos." Yo no escuché "Nos", escuché "Se". Lo cual también era falso. Tenía razón el que decía "Nos". O no: tenían razón los dos. El que decía "nos" era un militante que marcaba bien la situación: desde el palco abrieron fuego sobre las columnas de la Jotapé que buscaban copar el acto. El que decía "Se" era uno que no tenía idea de la situación. Que sólo escuchó los tiros, que vio a unos cuantos muertos y no tuvo percepción de quiénes eran unos o quiénes eran otros. *Esa fue la percepción de la mayoría que se volvió de Ezeiza*. Se cagaron a tiros. Se presumía: el loco que habló por el micrófono y los Montoneros. Tampoco se sabía con certeza. Para colmo, empezó a caer el crepúsculo. El día se volvió ceniciento, triste. Ya no oían las frases de Favio.

## "DOCTOR CÁMPORA, ARRESTE A LÓPEZ REGA"

Un altoparlante anunció que por cuestiones de seguridad el general Perón aterrizaría en el aeropuerto de Morón. (Carajo, ¿hay alguna palabra que no rime con Perón? Uno vive condenado a las cacofonías con este león hervíboro. Perón-Morón, rima. *Ezeiza no rima con Perón.* Cuando se anunció el arribo del general a la base aérea de (Morón), muchos en la autopista aplaudieron y hasta vivaron al General. Pobrecitos, eso era tener ganas de alimentar esperanzas, de ser felices a pesar de todo. Eran peronistas inocentes: les alcanzaba con saber que Perón había vuelto a la patria. A la mayoría no. La mayoría había ido a buscar a Perón. Habían ido a buscar su esperanza. Eso en que habían cifrado su destino, su horizonte, su fe. Porque Badiou se equivoca por completo en su conclusión sobre el texto de Beckett. Que dice: "No se sabrá con toda probabilidad 'quién' es Godot, basta con que sea el emblema de la obstinación de todos en desear que algo ocurra" (Badiou, *ob. cit.*, p. 64). Si Vladimir y Estragón pueden responder a la pregunta sobre "quienes son" con la frase: "Somos hombres", con mayor motivo no deberán sentarse a esperar que algo ocurra. No ignoro qué clase de hombre es ése. Sé de dónde lo saca Badiou: del Heidegger de la espera a la "propiación del Ser". Del Heidegger que propone el pathos de la espera, el pathos de la escucha. El pathos, en el hombre, no es espera, es acción. Es praxis. El hombre no se obstina en esperar "algo". ¿Qué podría esperar? ¿A Dios? ¿A Godot? ¿A Perón? "La Argentina entera tenía el pulso suspendido en la espera de Perón", escribe Bonasso (Bonasso, *ob. cit.*, p. 702). La "espera" es la modalidad espiritual del Medioevo. De ahí que la Historia se haya detenido. Cuando los hombres se cansaron de esperar, Galileo inventó el telescopio y lo enfiló hacia las estrellas: "Nosotros, los hombres, queremos ver, queremos saber. No queremos más verdades reveladas. Nos las queremos revelar a nosotros mismos. Queremos nuestras propias verdades". El pecado de impropiedad de Vladimir y Estragon es, precisamente, esperar. El hombre actúa, no espera. Mientras Perón regresaba, todos los que aparentemente *sólo* lo esperaban trazaban miles de planes. Compraban armas. Importaban mercenarios de la OAS. Se adueñaron del Comité de Recepción, de la organización y custodia del acto, se propusieron matar si la cosa se les iba de las manos. *Ezeiza es el sujeto en acción*. Sujetos diferenciados. Sujetos con distintas ideologías. Con distintas historias. Sujetos que se organizaron en grupos. *Ezeiza* es una trama histórica con múltiples determinaciones. Pero el sujeto no está perdido entre ellas. Actúa entre ellas. Elige entre ellas. Decide entre ellas. Decide condicionado por infinitos elementos, pero decide. Elige y se elige. No es lo mismo elegirse fascista que revolucionario. No es lo mismo torturar que no torturar. Perón también eligió: lo hizo al día siguiente. En el discurso del 21 de junio. Condicionado por lo que quieran: por su vejez, por su pasado militar, por el Brujo, por Isabelita. Pero, en algún punto de su conciencia, *la decisión fue absolutamente suya*. Los estructuralistas, los posestructuralistas, los lingüistas, los deconstruccionistas eliminan la decisión del sujeto y hasta al mismo sujeto. No pueden explicar la historia. En *Ezeiza* todos eligieron, no sólo qué hacer, sino qué iban a ser o seguir siendo.

La *conclusión* de todas las conclusiones la dará Perón al día siguiente: "Somos lo que las veinte verdades dicen". Pero hay otras conclusiones. Hay conclusiones sobre lo que hizo Perón. Para nosotros, lo peor. Emprendió el camino del desastre: no integrar a la Tendencia. Arrojarle encima sus peores mastines. Tampoco la Tendencia hizo lo mejor. El único "loco", el único imaginativo, acaso algo aventurero pero cojonudo, que propuso algo distinto, fue el joven Secretario del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina. "Doctor Cámpora, arreste a López Rega" Cámpora lo mira con ojos desorbitados. "Pero, doctor Abal Medina, ¿se ha vuelto loco? ¿Qué va a decir el General?" "Nada. Nos lo va a agradecer. El Bebe (Righi) tiene que salir en cadena nacional y denunciar a los asesinos de Ezeiza. Después, en la próxima reunión de gabinete, usted arresta a López Rega. Lo acusa de sedición contra su Gobierno. Lo acusa de homicida y traidor". Cámpora vuelve a ser "camporita". Se asusta. ¿Cómo hacerle eso a su Líder? "Doctor Abal Medina, por favor, olvide esta cuestión y no la comente con nadie." Era, en ese momento, el más decidido de todos. Una versión dice que se encontró en la Rosada con López Rega y lo quiso tirar por un balcón. El Brujo –un cobarde como todo asesino que da órdenes a sus sicarios– se escondió detrás de Cámpora, que lo protegió. Juan Abal apenas si pudo contenerse. Tampoco los Montoneros se decidieron a actuar con firmeza. Todavía hoy Juan Abal (padre) dice: "Todo pudo haber sido distinto". Si se lo piensa con algún detenimiento, ese abogado de pasado nacionalista era un político de formidable ubicuidad. Representaba a la Juventud, pero no estaba dentro de Montoneros. Sólo cerca. Representaba a Perón, que lo quería mucho. Tenía diálogo fluido con la clase política. Era amigo de Rucci y tenía excelente relación con Lorenzo Miguel. No tiene cargo en el Gobierno pero parece un superministro. Conserva su cargo de Secretario General del Movimiento Justicialista aún después del descabezamiento de Galimberti que pudo significar el suyo. No, ahí se mantuvo. Estaba en todas partes. Tenía 27 años.

Bien, esto continúa. Llegó la hora de poner nuestra lupa poco complaciente sobre el discurso que Perón dio al día siguiente de Ezeiza. Ese discurso es la muerte del Padre Eterno. Es el mismo Juan Domingo Perón el que lo mata.

**Colaboración especial:**
**Virginia Feinmann - Germán Ferrari**

**PRÓXIMO DOMINGO**

**La muerte del "Padre Eterno"**